



Joseph Luns, secretario general de la OTAN, durante el discurso de apertura de la conferencia de Ottawa.

LA CARTA ATLANTICA DE LA BOMBA NUCLEAR

POR muchas vueltas que se dé al molino de las palabras en la declaración conjunta de la OTAN, siempre surgirá una verdad: que las relaciones entre los países aliados están dominadas por la fuerza de los Estados Unidos, que reúnen por sí solos un potencial muchas veces superior al de todos los demás juntos en lo que se refiere a lo militar y a lo económico. Es una realidad que han tratado de disimular —y aun de combatir— los países europeos e incluso los Estados Unidos, a los que interesaba más una política de resultados que de triunfalismos verbales: en los últimos tiempos, el interés ha cambiado de orientación, a Nixon le interesa que el dominio se haga visible, y la declaración de Ottawa-Bruselas (adoptada en Ottawa el día 19, firmada en Bruselas el 26) contiene los elementos necesarios para hacer patente esa visibilidad. Incluso el acto de la firma: legal y lógicamente hubiese bastado con las firmas de Ottawa para que fuera válido el acuerdo, y, sin embargo, se acude a esta firma de jefes de estado o de gobierno para que Nixon ponga su pie en Europa en una sola etapa antes de llegar a Moscú. Forma parte de su campaña interior, de su lucha, quizá inútil, por defenderse del complejo del Watergate. Y tiene algunas vertientes más: está en el marco de su entrada teórica en la historia —no quiere ser el presidente del entredicho, sino el presidente que ordenó el mundo, hizo la paz con China y con la URSS, terminó las guerras de Oriente Medio y Vietnam y reorganizó la amistad con Europa— y está, también, en el designio personal de Kissinger, que quiere sobrepasar la «época Nixon» y proyectarse hasta el futuro, un futuro que le haría, sin duda, presidente de los Estados Unidos si consiguiera sobrepasar el problema de haber nacido en Alemania y judío.

LAS condiciones de la defensa común de los países de la OTAN, de Europa concretamente, han cambiado, dice la nueva Carta Atlántica. Estaban determinadas por el enfrentamiento entre Estados Unidos y la URSS, y las nuevas relaciones entre los dos países las han modificado: «Las relaciones estratégicas entre los Estados Unidos y la Unión Soviética han alcanzado una situación de casi equilibrio. Por este hecho, aunque todos los países de la Alianza sigan siendo vulnerables a un ataque, la naturaleza del peligro al que están expuestos ha evolucionado. En consecuencia, los problemas que plantea a la Alianza la de-

fensa de Europa revisten un carácter diferente y más específico». Esta es la primera vez que se reconoce oficialmente que el centro de gravedad de la Alianza, político como militar, está en las relaciones entre Estados Unidos y la URSS. El ideal imaginario, el que se había mantenido durante muchos años y anunciado como posible, era el de que la mejora de la situación fuese negociada directamente por la OTAN, teniendo en cuenta los intereses de cada uno de los países dentro de esa supranacionalidad que representa el tratado.

SIN embargo —dice el párrafo siguiente de la nueva Carta—, «los elementos esenciales de la situación que condujo a la firma del tratado no han variado». ¿No es una contradicción? En todo caso, es una contradicción preparada ya por alguna frase introducida en el párrafo anterior —aunque todos los países de la Alianza siguen siendo vulnerables a un ataque— con la intención de llegar a una conclusión: es indispensable a la seguridad la existencia «de las fuerzas nucleares de los Estados Unidos basadas en los Estados Unidos y también en Europa, así como la presencia de las fuerzas norteamericanas». Quedan de esta forma consagradas las bases atómicas de los Estados Unidos en Europa frente a una oposición interior de cada país que dura ya tantos años como las propias bases, y que en algún caso ha llegado a un resultado óptimo: Francia desalojó esas bases. No la declaración que las considera indispensables. ¿Quizá por la existencia de su propia bomba? Recibe a su vez una especie de autorización especial para continuarla: «Los países europeos suministran las tres cuartas partes del potencial clásico de la Alianza en Europa, y dos de entre ellos disponen de fuerzas nucleares capaces de representar un papel disuasivo propio, contribuyendo así al refuerzo global de la disuasión de la Alianza». El otro de los dos países es Gran Bretaña, que se ha apresurado a utilizar esta patente para producir una explosión de ensayo, subterránea, en el desierto de Nevada, después de nueve años de silencio. El espaldarazo a la pequeña bomba francesa es un cambio notable: ha estado condenada durante todos estos años, y ahora aparece como útil. Tampoco era ésta su intención declarada. La política nuclear francesa estaba basada en lo que se llamó «estrategia de todos los azimuts» y formaba parte del independentismo francés: es decir, que estaba dispuesta a ser lanzada

contra cualquier punto del horizonte, y no solamente contra los enemigos de la Alianza Atlántica y al servicio de ésta. Ya la tenemos domesticada.

PERO, ¿pueden los americanos utilizar sus bases nucleares en Europa cuando lo deseen? ¿Están obligados a consultar a los propietarios del territorio? Era un tema esencial planteado desde hace años por los países europeos, que temían verse envueltos en una guerra que sirviese a los intereses propios de los Estados Unidos de los que difiriesen sus aliados europeos (puesto que hay guerras «particulares» de cada país que no son de la OTAN: principio establecido por los Estados Unidos cuando Francia requería su auxilio en Indochina y Argelia, cuando lo requerían Inglaterra y Francia para su aventura militar contra Egipto por la nacionalización del Canal de Suez; que reclamaba Portugal por sus guerras africanas), como podía haber sido la del Vietnam, como podría ser la de Oriente Medio, en la que estando todos más o menos implicados, los países europeos mantenían posiciones distintas de las de los Estados Unidos y sus intereses diferían notablemente. Precisamente, la crisis de octubre en Oriente Medio produjo la alerta nuclear sin consultar a los aliados europeos que está en el principio de todo este proceso. Parece claro que la nueva Carta consagra la libertad de Estados Unidos para tomar decisiones nucleares de urgencia sin consultar con nadie. El sistema de consultas obligatorias queda reducido a este párrafo: «... están firmemente resueltos a mantenerse plena y mutuamente informados y a reforzar la práctica de consultas francas y a tiempo oportuno, por todos los medios que podrían ser apropiados, sobre cuestiones que toquen sus intereses comunes en tanto que miembros de la Alianza, teniendo en cuenta de lo que éstos puedan estar influidos por acontecimientos que sucedan en otras partes del mundo». El párrafo era suficientemente oscuro como para que alguien preguntase a Kissinger si podría significar que en el futuro los Estados Unidos se abstendrán de decretar un nuevo estado de alarma sin consultar a aquellos en cuyo territorio están las bombas nucleares, y Kissinger ha respondido en Ottawa: «Sería irresponsable decir que eso no volverá a suceder».

EN la larga declaración retórica en que se recogen los viejos tópicos y la nueva prosa —«solidaridad de destinos», «protección de la libertad», «armonía entre naciones», «vitalidad y creatividad de los pueblos»...— sobresalen fuertemente estos dos hechos: la capitalidad de Washington para la Alianza y la consagración del arma nuclear, en el sentido de la eternización de las bases nucleares de los Estados Unidos en Europa y en el del reconocimiento oficial de las bombas «pequeñas», las de Gran Bretaña y Francia; y esto último es un retroceso considerable en la doctrina sólidamente establecida, y firmada y ratificada después, de la «no proliferación». Puede decirse que estas dos bombas existían de hecho antes de los acuerdos de no proliferación; pero los británicos habían detenido la evolución de la suya voluntaria, unilateralmente, y los franceses eran continuamente condenados. Esta oficialización de las dos bombas pequeñas, que automáticamente hace inatacable la de China y, naturalmente, la recién ensayada en la India, puede ser un tema de mayor gravedad. Probablemente se lo recordarán así a Nixon en Moscú, pero también en su propio país, donde difícilmente el hostil Senado va a ratificar un tratado en el que se acepta la diseminación del arma nuclear contra los intereses personales de los Estados Unidos.

¿QUE validez real tiene este Tratado? La de reconocer unos hechos que existen en este momento: toda la política del mundo occidental está dependiendo de las negociaciones directas de Estados Unidos y Moscú, como las que están en curso en este momento; los Estados Unidos tienen la hegemonía de Occidente como la URSS la tiene en su zona de influencia; Europa no ha conseguido presentar un frente de unidad y está en el peor momento de los últimos años para conseguirlo. Y las bombas, las bases, las tropas de los Estados Unidos existen. Es un tratado realista, y sirve a los propósitos personales de Nixon. Durará, por lo tanto, lo que duren las circunstancias. Nadie puede saber en qué momento habrá cambios en las políticas interiores europeas ni en qué momento Nixon dejará de representar a su país (el teórico es el de 1976: dentro, nada más, que de dos años) y qué presidente, qué núcleo de poder, asumirá entonces qué política. Representa las fuerzas dominantes en este momento. Lo cual no quiere decir que la progresión atómica vaya a detenerse si esas fuerzas dominantes cambian. Han cambiado las de Gran Bretaña, y Wilson dice que la política nuclear es anterior y debe mantenerla; han cambiado las de Francia, y el gobierno francés que sustituye al régimen anterior ha subrayado su adhesión a la bomba hasta el punto de despedir a un ministro como a una criada porque se oponía a ella. Eso nos llevaría a preguntarnos cuáles son de verdad las fuerzas dominantes en el mundo y hasta qué punto superan a las de los políticos de gobierno y asamblea. ■

Los CoNteM poRa ñEoS

Los inocentes gozamos de la ventaja de no tener que interpretar nada. No vivimos de eso. En nuestra Babia, siempre es de noche y todos los gatos son pardos. Y todas las camisas. Y todas las palabras. (Asumo la condición de inocente que me atribuye, junto a otros párvulos, un justo y triste artículo de Emilio Romero, que tiene la condescendencia de incluirse también entre los inocentes.) A los inocentes no nos dejan jugar: miramos el juego de los demás y nos reímos de verles apasionados en sus envites a la grande y a la chica, en sus faroles y sus órdaños, sus faroles y sus baladronadas. Y sus rabietas cuando pierden. Para un mirón, el juego de los otros es de una fascinante comicidad.

"Aux innocents, les mains pleines", dicen los franceses. ¿De qué están llenas nuestras manos? Tal vez de agua y jabón. Como las de las lavanderas cuando hacen puñetas. Desde este hacer puñetas al que tanto nos mandan y en el que estamos, ¿todo es tan simple! Por ejemplo: nos da exactamente igual que Fraga Iribarne dimita o no. Y en cuanto a su mal humor, no habiéndolo ahora de sufrir, nos parece sobre todo penoso por él y por lo que pudiera perjudicar su carrera política; es tan lejano como el del Pato Donald. Yo, cuando me sorprende en un cine una película del Pato Donald, me salgo al vestíbulo a fumar. Me pasa lo mismo con las de Tom y Jerry, aunque de ellas he recibido una gran lección: que el que está definitivamente aplastado en una secuencia, aparece con sus tres dimensiones y su agresividad intacta en la siguiente. Como la vida misma. ¡Maravilloso cartoon de la vida política nacional! ¿Y qué se nos da a nosotros de la ley electoral propuesta por el señor Silva Muñoz, con su cauteloso y prudente uso de los condicionales de los verbos, con sus detalladas descripciones de urnas y colegios electorales? Nada, puesto que se reservan —reservarían— para cabezas de familia, y las cabezas de los inocentes son la pura oquedad, la irresponsabilidad. En las mis-

más páginas de los periódicos en que se detalla la ley Silva se cuenta que va a hacerse un Censo Nacional de Cigüeñas, y a lo mejor, los inocentes nos fijamos más en esa última noticia, porque tenemos la cabeza a pájaros. Y

porque tal vez imaginamos que el censo serviría para hacer votar a las cigüeñas si hubiese elecciones (las cigüeñas son de derechas: anidan en las iglesias y pasan el invierno en lugares cálidos). Por más que este inocente hace, no consigue fijar mucho su atención en las cosas. No es capaz de comprender la emoción que suscita en los avispados la posibilidad de un acuerdo entre López Rodó y Gil Robles, ni la de su dementido. Estas avenencias" y desavenencias familiares, ¿no son cosa privada? ¿Para qué habrían de unirse? ¿Por qué habrían de desunirse? Terrible niebla mental la del inocente. En ella no distingue Fraga, Silva, Gil y López. La parece que todos tienen la misma cara, como esas señoras que en el cine preguntan continuamente a sus maridos, cada vez que sale un personaje masculino: "¿Es ése el chico?"

El inocente, a veces, hace alguna reflexión. Torpe, sin duda. Por eso, cuando Emilio Romero enumera las cosas, las personas, las frases, las imágenes de lo que ha podido ser y quizá ya no sea posible, porque ahora es el turno de Jerry y no el de Tom (¿quién es Tom, quién es Jerry, quién es Fraga, quién Robles, quién Rodó?), el inocente piensa: "Ellos se lo pierden". Se pierden un caudal de ideas, de expresiones, de animación, de cultura, de aire fresco, de aportación a las soluciones, de colaboración a la sociedad. A cambio de nada. Porque los inocentes no piden más que agua y jabón para poder tener sus manos limpias. Incluso se lo llevan ellos mismos de casa. "¡Ellos se lo pierden!". Pensamiento típico de inocente. Porque ellos están acostumbrados a dejar pasar siempre ese caudal. Porque no lo necesitan. Porque perder, lo que se llama perder, no pierden nunca. ■

POZUELO